

Repensar la inseguridad ciudadana



Hernán Reyes Aguinaga
Sociólogo
Universidad Andina Simón
Bolívar, Sede Ecuador

¿Qué factores cree usted que intervienen en las percepciones de inseguridad de la ciudadanía?

Las percepciones de inseguridad constituyen uno de los elementos que conforman el campo de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos. Las colectividades organizan sus modos de actuar y de relacionarse sobre la base de un conjunto de ideas, creencias, opiniones, e inclusive de sentimientos y sensaciones, sobre los hechos que acontecen a su alrededor: Esto permite que las personas asignen un sentido a su lugar dentro del entorno social. Generalmente, las percepciones se basan en el sentido común y se alimentan por “las atmósferas de opinión” que van siendo construidas por algunos agentes institucionales, como los medios de comunicación masiva y las industrias culturales: el cine, el Internet, entre otros. También intervienen en la construcción de las percepciones las “mediaciones culturales”, es decir espacios como el educativo y el familiar que permiten interpretar mensajes masivos y darle diferentes lecturas a los discursos sociales. En la sociedad también existen voces referenciales/autorizadas muy fuertes que provienen de líderes o actores políticos y que dejan una marca muy fuerte en los estratos informales de comunicación de la vida cotidiana: un cúmulo de expertos, analistas y de líderes que de alguna manera han construido un discurso sobre la seguridad ciudadana, lo cual ha llevado a lo que llamo la “securitización” de la vida social en las ciudades. Todos estos elementos, se entrelazan de una manera compleja y permiten que se vayan construyendo distintas percepciones de inseguridad en las colectividades.

¿Cómo se podría explicar el que los niveles de percepción de inseguridad sean mucho más altos que la victimización objetiva de ciudadanos/as?

Hay que anotar de partida que el tema tiene implicaciones epistemológicas, teóricas y metodológicas, y aquí hay un problema serio: la arbitraria división entre lo que se llama “hechos objetivos” y aquello que aparece como las “percepciones subjetivas”. Esta visión dual y binaria, refleja más bien el antiguo y viejo dilema entre la objetividad y la subjetividad, como vías

mutuamente excluyentes para entender la realidad. Por esta vía se pierde de vista, entonces, que hay una relación muy fuerte, estructurante y de afectación mutua, entre las ideas, los discursos, las imágenes mentales y los hechos y acontecimientos “reales” que viven las personas.

Las ideas al ser inmatriciales no son menos reales que las acciones o que las situaciones de inseguridad que viven las personas, unas condicionan a las otras, unas les dan no sólo el sentido a las otras sino que las dimensionan, las magnifican o las reducen en cuanto a sus impactos y efectos reales. Cuando una persona se siente amenazada, perseguida, que no tiene seguridad para caminar por una calle, de hecho va a sentir subjetivamente la violencia de la ciudad y va a asignar sentidos propios a hechos o a actos materiales que en otras circunstancias tendrían otros sentidos. En relación al abordaje teórico plantearía dos cosas básicamente. La primera es que hay que trabajar con enfoques estructuracionistas que permitan comprender que lo objetivo y lo subjetivo son dos ejes en permanente y mutua reconstrucción. El segundo punto tiene que ver con el reconocimiento auto-reflexivo de que este tipo de enfoques duales, desconocen el peso que la “ideología de la securitización” tiene sobre las ciencias sociales. No reconocer este peso ideológico significa seguir trabajando en pro de mejorar una situación, pero desde una especie de formulación de un problema que ya de por sí encierra sesgos, miradas parciales y respuestas preconcebidas.



¿Cree usted que debería haber políticas públicas que traten este tema específicamente?

Claro que sí, pero políticas públicas que incorporen nuevas miradas, no administrativistas y no policiales de la seguridad ciudadana. Es necesario alejarse del enfoque convencional que ha predominado hasta ahora. Estas políticas, por ejemplo, deben evitar plantear como el eje nodal de la cuestión: la lucha entre policías y delincuentes; la marginación de la iniciativa de seguridad proveniente del mundo de la ciudadanía; el ocultamiento y relegación del tema de la convivencia urbana; la separación entre la seguridad y la planifica-

“...si a primera vista generar un aumento de las posibilidades de goce y disfrute de la ciudad, es decir apoyar el desate de las energías libidinales parecería ser totalmente contraproducente según la visión predominante actual, en realidad podría significar un giro radical no sólo para repensar el tema de la inseguridad ciudadana sino para empoderar a los sujetos urbanos, para que sean capaces de nuevamente “vivir” y no sólo “temer vivir” en la ciudad”.

ción urbana, etc., todos errores en los que se ha caído hasta ahora. El Estado debe asumir su papel, pero no sólo el papel del ejercicio del monopolio legítimo de la violencia, las políticas públicas estatales deben más bien generar puentes y acercamientos distintos con la sociedad civil. Esto va a permitir enfrentar el tema de la seguridad ciudadana por fuera de la estrecha visión de la "securitización" urbana, incorporando temas aparentemente ajenos a la seguridad pero íntimamente relacionados con ella como: calidad de vida, construcción de espacios de interculturalidad en la ciudad, las paradojas de las identidades, los rituales de reforzamiento de la coexistencia pacífica y también los relacionados con las dimensiones simbólica e imaginaria de los goces y las violencias que han existido, existen y seguirán existiendo en las sociedades humanas.

¿Tal vez un elemento que entraría en una política pública de este tipo sería el tema del "goce" que usted ha planteado?

Definitivamente sí. El tema de la convivencialidad urbana debe ser retomado para reconstruir el tejido social urbano, pues la ciudad es un espacio que aún posibilita usos placenteros y libidinales, cuya anulación voluntaria se ha convertido en el precio que nos han hecho creer que debemos pagar para poder estar a salvo y seguros, equiparando ideológicamente el disfrute y los goces únicamente con los riesgos. Mientras se siga manejando el tema por el lado del "encierro" y el temor al otro satanizado, se termina encerrando la propia vida y sus potencialidades en una especie de *ghettoización* individualista y paranoica. Por el contrario, se trata de activar en la conciencia ciudadana el derecho que se tiene al disfrute y al goce de la ciudad, esto es imprescindible para poder mejorar la calidad de vida urbana. Entonces, si a primera vista generar un aumento de las posibilidades de goce y disfrute de la ciudad, es decir apoyar el desate de las energías libidinales parecería ser totalmente contraproducente según la visión predominante actual, en realidad podría significar un giro radical no sólo para repensar el tema de la inseguridad ciudadana sino para empoderar a los sujetos urbanos, para que sean capaces de nuevamente "vivir" y no sólo "temer vivir" en la ciudad.

EN CORTO

De acuerdo a la Primera Encuesta Nacional sobre Inseguridad Pública en las Entidades Federativas realizada el año 2001 por el Instituto Ciudadano de Estudios sobre la Seguridad, el 47% de la población mexicana se encuentra insegura en su lugar de residencia. Además, frente a la situación de inseguridad el 23% ha modificado su estilo de vida de la siguiente manera: el 61% evita salir de noche; el 44% evita cargar dinero en efectivo; el 37% ha dejado de utilizar joyas; el 27% ha dejado de visitar parientes y amigos que viven lejos de su lugar de residencia; entre otras.

Según un estudio realizado por ACTIVA en 1998, el 24% de los entrevistados en Río de Janeiro, el 26% en Santiago de Chile y el 46% en Cali han restringido las salidas en la noche debido al sentimiento de inseguridad.

Percepción y participación

Manuel Dammert Guardia

S e suele identificar dos procesos interrelacionados respecto a la seguridad "ciudadana": por un lado, los actos delictivos que se producen tanto en el espacio público como privado; y por otro lado, la percepción sobre la situación de inseguridad real o no, y como éstas se traducen en posibilidades de sufrir o ser parte de alguna de estas acciones. En este sentido, la percepción de inseguridad aparece como un factor "subjetivo". Pese a los intentos por problematizar la forma en que se constituye esta percepción, las preguntas siguen irresueltas por lo que solo se pueden plantear ciertos factores que guardan relación con esta "sensación".

Asimismo, en la mayoría de escenarios la percepción de inseguridad cuantificada adquiere niveles superiores a los propios niveles de actos delictivos cometidos. Así, según la encuesta realizada por "Apoyo" en abril de este año, en Lima el 83% de los habitantes se sienten inseguros en la calle y 41% al interior de sus hogares. Sin embargo, la misma encuesta muestra que sólo el 32% de los entrevistados ha sido asaltado en calle, y sólo el 14% ha sufrido un robo en su vivienda (Apoyo Opinión y Mercado 2007)¹. Esta diferencia resulta aun más evidente en el caso de Chile, dado que este país posee una de las tasas de violencia más bajas de la región junto a unos índices de percepción de inseguridad bastante altos. Sin embargo, como afirma Fruhling y Manzano para el caso chileno, "si bien este hecho podría considerarse como una contradicción, en efecto no lo es, puesto que más allá de las cifras la simple percepción del agravamiento de los problemas delictuales conduce a que la población desarrolle una sensación de temor. Agravamiento que es corroborado por la tendencia de incremento en las tasas de denuncias de la última década" (Varat y Galard 2006)².

Frente a este escenario, existen un conjunto de alternativas que vienen desarrollándose con el fin de disminuir los índices de percepción de inseguridad. Una de estas alternativas es la promovida por el Woodrow Wilson Center, la cual se centra en llevar a cabo un conjunto de proyectos de investigación e intervención con el fin de "analizar" los efectos que produce la participación ciudadana en relación a las políticas públicas de seguridad. En este sentido, la hipótesis planteada en estos proyectos es la siguiente: "la mayor participación de los ciudadanos en acciones preventivas incide en la baja percepción de inseguridad de los actores involucrados" (Varat y Garland 2006). Hipótesis que se cumpliría en los casos argentinos analizados por Alberto Fohrig, quien plantea que dos variables principales para entender los cambios en la percepción de inseguridad son: por un lado, las condiciones sociales en las que se produce la participación; y por otro lado, el grado de desarrollo de las capacidades estatales. Evaluando el conjunto de iniciativas promovidas por este programa, Smulovitz señala algunas lecciones a tomar en cuenta: "la solución al problema de la inseguridad comprende acciones públicas preventivas que involucran múltiples agencias (educación, bienestar social, justicia) y reformas estructurales de los organismos de la policía; para disminuir la sensación de inseguridad es necesario atender a los factores que erosionan la participación y debilitan el tejido social; es necesario reducir los obstáculos administrativos y burocráticos que dificultan la implementación de estos programas" (Varat y Galard 2006); entre otras.

1 Opinión Data. Resumen de Encuestas de Opinión Pública. 23 de Abril de 2007. Apoyo Opinión y Mercado. Año 7. Num. 87. http://www.ipsos-apoyo.com.pe/html/opinion_data.php

2 Varat, Jessica y Allison Garland. (Editores) (2006). Participación ciudadana y percepción de inseguridad en América Latina. Agosto. Latin American Program Special Report. Woodrow Wilson International Center for Scholars. http://www.wilsoncenter.org/topics/pubs/LAP_August.pdf